



Esprit de Corps

659062 Miguel Arteche

Don Rafael Vergara ha escrito una carta dirigida a la dirección de "El Cronista", en la cual se refiere a un artículo mío ("Servir"), que apareció en el primer número de este diario. Don Rafael cree haber rectificado algunas observaciones que allí hice sobre nuestro Servicio Exterior y los miembros que lo componen. Y aunque en su propia carta está parte de mi respuesta, prefiero aclarar aún más mis observaciones y las suyas.

En primer lugar, don Rafael piensa que mis observaciones valen para una situación pretérita. Es cierto. Cuando escribo procuro partir de dos bases: hacerlo sobre cosas pasadas que conocí por propia experiencia. No invento. Para inventar prefiero la poesía y la novela. Mi artículo, por lo tanto, no se refería a situaciones actuales, sino a aquellas que viví y padecí: las que van de 1965 a 1970. Y no inventé nada porque la realidad es siempre más increíble que lo que uno pueda imaginar. Los ejemplos que cité —no uno, como asegura don Rafael— los elegí al azar. Podría —como afirmé— haberlos multiplicado, y, luego, ampliarlos a otras embajadas, no sólo a la de Madrid. Si don Rafael lo desea —sin dar nombres, por supuesto, porque no se trata de nombres, sino de una atmósfera y de una actitud que bañan sobre todo los mandos medios del Ministerio— podría señalarle otros. No es necesario hacerlo.

Dije por otra parte —atención, don Rafael, porque usted le quitó el bulto a estas palabras mías— que "en ese tiempo algunos funcionarios entendían muy bien lo que era servir a Chile, y que esperaba que ahora hayan aumentado". Y agregué que "no sobrepasaban el quince por ciento". Admito mi equivocación, y aumento la cantidad: un treinta por ciento. Usted comprenderá, don Rafael, que si los buenos funcionarios constituyen el treinta por ciento, hay un setenta por ciento que, como escribí, no sirve a Chile ni a sus "altos intereses". Si usted quiere, le concedo el cincuenta por ciento.

Del contexto de mi artículo se desprende también con claridad que no me refería a las altas esferas del Servicio, pues siempre pensé que eran capaces y honestos. Pero en toda estructura humana, y hasta en la de los insectos, si fallan los mandos medios, se derrumba todo. De eso se trata. No necesitaba, don Rafael, citarme los casos, entre otros, de don Germán Vergara Donoso o de don Ernesto Barros Jarpa, ilustres personas que dirigieron con excelencia nuestras relaciones internacionales. Pero, siempre, en toda estructura superior, el primer problema que se plantea es cómo comunicarse ampliamente, fácil y abiertamente con los estratos medios e inferiores, de tal manera que los bombores de que siempre es rodeada no tapen la realidad que los cubre.

Y en esto, don Rafael, repito el refrán de un gran escritor ruso, bestia negra, en estos momentos, de los marxistas: "Tu enemigo dice siempre sí; tu amigo discute contigo". Dirigir el Servicio Exterior es muy difícil. Ser bien aconsejado, más difícil aún. Y por consejeros entiendo siempre a los que discuten con los que dirigen el Servicio, y no le cuentan cuentos chinos. Así entiendo yo la amistad, que, en el caso del que dirige, es auténtico amor por la patria. Criticar, como critiqué en mi artículo primero, a nuestro Servicio Exterior, no significa, como dice don Rafael, servir a los enemigos de Chile. Significa justamente lo contrario: ayudar a que se los combata con inteligencia y eficacia. Yo sueño soñar mucho, don Rafael, y entre mis sueños está el de ver, algún día, que la tradición, el orden, la inteligencia y la disciplina de la Marina empapen totalmente y de tal manera a nuestros diplomáticos que nunca (entre otras cosas), alguien pueda contemplar algo que yo presencié en cierta embajada: una vieja bandera chilena, sucia, destileada, desteñida, que ondeaba, un 18 de septiembre en el mástil descascarado de un balcón. No había dinero para comprar una bandera nueva. No había ítem en el presupuesto.

Usted, por supuesto, sabe quién es don Andrés Bello. Yo, al final de aquel artículo (y aquí rompo mis reglas y entro en el futuro) sugería que estaba dispuesto a examinar a los funcionarios: en ortografía, sintaxis y redacción. Nada más. Nada menos. Pero creo que me equivoqué, y me pasé de listo y vanidoso. Yo sueño en que un día don Andrés regrese al Ministerio, y tome ese mismo examen que con tanta petulencia propuse. Dejo al azar de la máquina del tiempo tal posibilidad. Pero me temo que don Andrés tendría que escribir otra gramática.

Y, finalmente, espero que usted lea el artículo que apareció ayer en este mismo diario, en el cual describo la situación física del edificio donde funciona la Academia Diplomática, y el estatus que debería darse a la carrera. En él podrá usted observar que mi única intención, como en el primer artículo, fue decir las cosas como son y no como se las imaginan personas que creen que cualquier crítica, por honesta que sea, atenta contra su "establishment", el cual por otra parte, arranca de muchos años atrás.

Cuando la carrera diplomática alcance ese estatus, y cuando nuestros diplomáticos sepan, primero, las cosas más fáciles de aprender y no las más difíciles, ya verá usted, don Rafael, cómo no se transformarán en diplomáticos de carrera personas que entraron, "in illo tempore", al Servicio por presiones de partidos políticos —y aquí no se escapa ningún partido político— o por simple amistad. Por cuñas, para ser criollo.

Que es, por supuesto, lo que ahora no ocurre.

EL CRONISTA, SANTO DOMINGO, 1-X-1975. Pág. 11

Esprit de corps. [artículo] Miguel Arteche.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arteche, Miguel, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Esprit de corps. [artículo] Miguel Arteche.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile